

EDITORIAL

PRODUCCIÓN SOSTENIBLE:

la reivindicación de un aceite tropical

Que el aceite de palma tiene oportunidades gigantescas, a nadie puede caberle la menor duda. Que esta promesa se mantenga en el futuro, dependerá de que sus productores lo obtengan de manera sostenible.

Hoy, más de veinte años después de que los soyeros norteamericanos emprendieran en su contra una agresiva campaña que retardó su ritmo para ocupar un espacio importante en el mercado de Estados Unidos, el aceite de palma está reconquistando a los consumidores de esa poderosa nación que desde entonces se le negó en todas las formas (léase con barreras no arancelarias, y subsidios y ayudas internas para sus productores de soya, entre otras).

Y lo ha estado haciendo con creces. En 2006, por ejemplo, entraron a ese país 650.000 toneladas de aceite de palma, cifra que solo comparándola con las de años anteriores se aprecia en su dimensión real (en 2004 fue de 273.700).

Son varias las razones que han contribuido a ese vertiginoso avance. Como se sabe, la principal se relaciona con el hecho de que los norteamericanos se dieron cuenta de que una de las causas de sus problemas de salud –especialmente coronarios y de obesidad–, son los ácidos grasos trans que se forman al hidrogenar parcialmente los aceites líquidos como el de soya, para darles estabilidad y así ampliar sus aplicaciones en el mercado alimentario. Hoy los miran con recelo y buscan alternativas saludables, como sin duda lo es el aceite de palma.

Eso está pasando en el país del norte. Pero al mismo tiempo, Europa, que a pesar de proteger también a sus agricultores (entre ellos los de colza), se ha mantenido fiel a la palma e ignorado las infundadas cruzadas anti-aceites tropicales de los soyeros estadounidenses, lidera en la actualidad un movimiento contra todo lo que dañe el medio ambiente y ponga en peligro la capacidad de las futuras generaciones para satisfacer sus necesidades. Por eso, las naciones del Viejo Continente y otras que siguen su ejemplo están recurriendo

a los aceites vegetales convertidos por la oleoquímica en combustibles ecológicos, para remplazar al diésel derivado del petróleo que mueve a millones de vehículos que transitan por sus vías emitiendo gases altamente nocivos para el planeta y sus habitantes. Definitivamente en los próximos años la agro-energía reacomodará las zonas de poder en el mapa energético mundial.

Por su parte, India y China están demandando inmensas cantidades de aceites para abastecer los requerimientos alimenticios de sus gigantescas poblaciones, que, al igual que sus ingresos, van en ascenso.

Parecería que el mundo no quiere resistirse a los encantos del aceite rojo del trópico que aparece en su vida cotidiana desde las primeras horas del día en forma de pan, de jabón, de crema dental, de maquillaje, de velas, de poliuretano, de biodiésel... He ahí una muestra de porqué el aceite de palma puede considerarse como la promesa del trópico. Renovable, versátil, altamente productivo, eficiente y rentable.

Mantener esa promesa en el tiempo depende de la agroindustria que la hace en la actualidad, y que solo podrá heredársela a la humanidad del mañana si es capaz de entender y aliviar la preocupación universal por el medio ambiente y por las comunidades más débiles que rodean los ejes productivos agropecuarios, sin dejar de lado la rentabilidad económica. Ese sentimiento que bien recogen las tres dimensiones modernas de la sostenibilidad: Gente, planeta y ganancias (Las 3P, por las letras iniciales de las palabras en inglés: People, Planet & Profits).

Porque, si bien es cierto que la percepción de los consumidores de aceites está cambiando a favor del de palma, también lo es que la oleaginosa que lo produce sigue teniendo enemigos acérrimos al acecho de los más mínimos errores de sus cultivadores. Ejemplo de ello es el debate internacional que ha tomado fuerza en los últimos años, propiciado principalmente por ONG de diversa naturaleza y empresas cuyos productos compiten con los palmeros. Su propósito es desprestigar, sin distingos de

ninguna clase, a la agroindustria *per se*, poniendo en el ojo del huracán a países como Indonesia y Malasia que estarían expandiendo sus cultivos en reconocidas zonas de valiosa biodiversidad, a costa de especies de la Isla de Borneo como el tigre de Sumatra, el orangután y otros, y del bosque húmedo y la selva tropical del continente asiático.

En cuanto a la dimensión social, las críticas apuntan a las precarias condiciones salariales de los trabajadores de las plantaciones, especialmente indonesias, y al sesgo laboral anti-empleados inmigrantes que tendrían los malasios.

Aunque lejos de poseer problemas de tal magnitud a los ojos del mundo en lo relacionado con las aristas social y del medio ambiente, la actividad palmera en Colombia no escapa a esas críticas. Las más recientes tienen que ver con que personas inescrupulosas se estarían apropiando ilegalmente de tierras del Urabá chocoano, pertenecientes a comunidades de negritudes e indígenas protegidas por la ley. Vale recordar aquí que Fedepalma ha rechazado hasta el cansancio ese comportamiento ilícito y pedido a las autoridades sancionar a los responsables que, dicho sea de paso, no tienen ninguna tradición en el sector palmero.

De resto, Colombia tiene una ventaja enorme pues, además de poseer una vasta frontera agrícola inexplorada, en general los nuevos desarrollos del cultivo se realizan en zonas de sabanas y en tierras abiertas a la explotación agraria previamente, con lo cual no se compromete el bosque tropical natural.

El compromiso del sector palmero nacional con la gestión ambiental también se evidencia en el Convenio de Producción Limpia que se desarrolla desde 1998, en concertación con las autoridades nacionales y regionales competentes. A ello se suma la puesta en práctica de los "Principios y Criterios" adoptados por la Mesa Redonda sobre Aceite de Palma Sostenible (RSPO); y del proyecto sombrilla que se adelanta dentro del Mecanismo de Desarrollo Limpio para instrumentar el Protocolo de Kyoto, tendiente a la prestación de servicios y a la expedición de certificados de reducción de emisiones de gases de efecto invernadero.

Adicionalmente, pronto se ejecutará un convenio interinstitucional de cooperación para desarrollar y promover estudios sobre caracterización y valoración de los distintos agroecosistemas y sus componentes naturales donde se desarrollan las actividades de la agroindustria de la palma de aceite.

De otro lado, el sector palmero nacional se esfuerza cada día más por servir mejor la dimensión de la gente, y practicar la responsabilidad social haciendo énfasis en sus comunidades inmediatas. Por eso deposita recursos en zonas azotadas por la violencia en Colombia, lo que le implica un altísimo "costo-país"; genera empleo estable y permanente; remunera bien a sus empleados, que tienen uno de los ingresos más altos entre los trabajadores del sector agropecuario, y apoya la iniciativa empresarial de las comunidades en donde se establece, haciendo alianzas estratégicas con ellas, garantizándoles la compra de su producción y ofreciéndoles transferencia de tecnología.

En lo que definitivamente la agroindustria palmera local sí tiene serios inconvenientes y grandes retos, es en el eje de las ganancias (profits). Malasia e Indonesia le llevan una gran ventaja, pues sus costos de producción están muy por debajo de los colombianos y ello hace que su aceite sea el más competitivo del mundo.

Si nuestro país quiere entrar a las grandes ligas del comercio internacional del aceite de palma (ya lo ha hecho en las de la producción, y hoy ocupa el quinto puesto en la lista de los mayores), es necesario que se intensifiquen las inversiones y, para que ello ocurra, la actividad palmera en Colombia tiene que ser tan atractiva a los ojos de los inversionistas como el aceite de palma lo es a los ojos de los consumidores.

Colombia tiene con qué reivindicar este versátil producto llamado "de oro" en otras latitudes. Una capacidad empresarial sin límites, unos empresarios dispuestos a cumplir las exigencias de la sostenibilidad impuestas por los más implacables consumidores, una institucionalidad gremial sólida y un clima tropical ideal para el cultivo de la palma aceitera.

Estas virtudes deben explotarse al mismo tiempo que las acciones de la agroindustria profundizarse, para conseguir el aval internacional de sostenibilidad. Sin embargo, para ser económicamente rentable, tendrá que contar con que el Estado asuma un papel protagónico en la remoción de los obstáculos que, en términos de costo país inhiben la posibilidad de alcanzar estadios superiores de desarrollo productivo en el campo. A este respecto, Fedepalma abriga la expectativa de que el Gobierno Nacional acoja favorablemente las propuestas consignadas en el "Planteamiento gremial para la elaboración del documento Conpes sobre política para la palmicultura", recientemente presentado a su consideración.

EDITORIAL

SUSTAINABLE PRODUCTION:

The Vindication of a Tropical Oil

There is absolutely no doubt that there are great opportunities for palm oil. To keep this promise alive however, this oil has to be produced in a sustainable manner.

Today, over 20 years after U.S. soybean growers started an aggressive campaign that delayed the palm oil's opportunity to position itself in the US market, this oil is winning back the consumers of that powerful nation and gaining back a market share that had in many ways been taken away (non-tariff barriers, subsidies and aid for soybean producers, among others).

In 2006, for example, the U. S. imported 650,000 tons of palm oil, a figure whose real dimension can only be appreciated if compared to figures recorded in previous years (273,700 in 2004).

Several reasons have contributed to this amazing progress. The main reason has to do with the fact that Americans realized that one of the causes of their health problems –particularly coronary disease and obesity–, were trans fatty acids that are formed during the partial hydrogenation of liquid oils such as soybean oil, to make them more stable and enhance their applications in the food market. Today, they are looked upon with distrust and healthier alternatives are being sought, and no doubt palm oil is one of them.

This is happening in North America. But at the same time, Europe, that also protects its farmers (rapeseed growers among them), has remained loyal to the palm oil and has ignored smear campaigns against tropical oils sponsored by American soybean growers. Currently, Europe leads a movement against anything that damages the natural environment compromising the future generations' ability to meet their own needs. For this reason, the nations of the Old Continent, and other nations that follow their example, are resorting to vegetable oils oleochemically turned into ecological fuels to replace the fossil fuel that powers

millions of vehicles that collectively emit massive quantities of gases highly toxic to the planet and its people. Definitely, in the next few years the agro-energy will rearrange the power zones in the world's energy map.

On the other hand, India and China are demanding huge amounts of oils to meet the food needs of their large populations that are growing in both size and affluence.

It would seem that the world can't resist the charms of the red oil from the tropics that comes into our daily lives in the form of bread, soap, toothpaste, makeup, candles, polyurethane, biodiesel... This is an example of why the palm oil can be considered the promise of the tropics. It is renewable, versatile, highly productive, efficient and profitable.

Keeping this promise alive is up to the agroindustry that makes it. This promise can be inherited to future generations only if the agroindustry is able to understand the universal concern for the environment and for the weakest communities that live around the agricultural productive centers, without neglecting the economic benefits. This sentiment is well expressed by the three modern dimensions of sustainability: People, Planet and Profits.

Although it is true that the consumers' perception of the oils is changing in favor of the oil palm, it is also true that the oil palm still has bitter enemies lying in wait for any mistake by the growers. One example of that is the international debate that has been growing stronger in the last few years, sponsored mainly by NGO's of different types and companies whose products compete with oil palm products. Their purpose is to smear the agroindustry *per se*, putting countries such as Malaysia and Indonesia on the defendant's bench as they are expanding their crops in zones recognized for their valuable biodiversity, at the expense of Borneo species such as the Sumatra tiger, the oran-

gutan and others, as well as at the expense of the tropical rain forest and the tropical jungles of the Asian continent.

As for the social dimension, the criticism is aimed at the poor salary conditions of the plantation workers, especially in Indonesia, and at the labor discrimination against immigrants in Malaysia.

Although far from facing problems of such magnitude in the eyes of the world in terms of social and environmental performance, oil palm activities in Colombia do not escape criticism. The most recent complaint states that unscrupulous people in the Urabá chocoano are stealing land that belongs to black and indigenous communities protected by law. It is important to remember that Fedepalma has strongly condemned this illegal activity and has asked the authorities to prosecute the perpetrators who, by the way, have nothing whatsoever to do with the oil palm industry.

Otherwise, Colombia has a great advantage. Besides having a vast unexplored agricultural frontier, the crop expansion occurs in savannah and crop land, without compromising the natural tropical forest.

The commitment of the Colombian oil palm sector to the environment has also been made evident by the 1998 Clean Production Agreement involving national and regional authorities. Additionally, we have put into practice the "Principles and Criteria" adopted by the Roundtable on Sustainable Palm Oil (RSPO); and the umbrella project being carried out within the Clean Development Mechanism of the Kyoto Protocol, for the provision of services and issuance of certificates of reduction of greenhouse gas emissions.

Additionally, an interinstitutional cooperation agreement for the development and promotion of studies on characterization and evaluation of different agro-ecosystems and their natural components where the activities of the oil palm industry take place will be signed soon.

On the other hand, the Colombian oil palm sector places more efforts everyday towards serving people

better, and practices the corporate responsibility with emphasis on its immediate communities. For this reason, the industry contributes resources to areas besieged by violence in Colombia, which implies a very high "country-cost"; generates permanent stable jobs; pays good salaries to its employees, who have one of the highest incomes among agricultural workers. The industry also supports business initiatives of the communities where it does business, through strategic alliances, with guaranteed purchase of their production, and provision of technology transfer services.

But definitely, the biggest problems and challenges of the agroindustry lie in the profits. Malaysia and Indonesia are ahead of us on this issue as their production costs are way below than ours; therefore, their oil is the most competitive in the world.

If our country wants to be in the major leagues of the international trade of palm oil (it already is in the major leagues of production; today, it is the world's fifth largest producer) it needs to intensify investments, and for this to happen, the oil palm activity has to be as attractive to the investor's eyes as the palm oil is to the eyes of the consumers.

Colombia has the means to vindicate this versatile product called "gold" in other latitudes. Limitless business potential, businesspeople willing to meet the sustainability requirements imposed by the world's toughest consumers, a solid institutional framework and an ideal tropical climate for the oil palm crop.

These advantages should be exploited to the fullest but at the same time the agroindustry must be fully committed in order to gain sustainability endorsement internationally. However, in order for the business to be economically profitable, the State must play a fundamental role in removing the obstacles that, in terms of country cost, prevent us from reaching higher levels of productive development. In this respect, Fedepalma hopes that the National Government views favorably the proposals contained in "A guild approach to the preparation of the Conpes document on policies for the oil palm industry", recently submitted for consideration.